

DaBAR



Ciclo
A

23 de abril de 2023
3º Domingo de Pascua

nº
27

Año IL

Una vez más queremos agradecer la confianza que depositáis en nuestro trabajo al seguirnos cada semana y utilizar nuestros materiales, pero queremos recordaros que necesitamos de vuestra aportación económica para seguir adelante con este proyecto. Si puedes y quieres puedes apoyarnos con cualquier pequeña donación en nuestro número de cuenta IBAN ES78 2100 54413902 0007 9585.





Índice

Primera Página

Exégesis

Notas para la Homilía

Para la oración

La misa de hoy

Cantos

Dios habla

Primera Página

Camino de Emaús

En el evangelio de hoy Lucas nos cuenta una excursión, como estas que tan de moda se han puesto hoy en día, una caminata para todos los públicos, sin llegar a maratón, unos 11 km de Jerusalén a Emaús. Dos discípulos de Jesús iban andando y conversando tranquilamente, comentando las últimas noticias de lo acontecido a quien parecía iba a ser un profeta poderoso, en obras y en palabras: ¿cómo pudieron entregarlo nuestros jefes y sumos sacerdotes? ¿Cómo pudo venderlo uno de sus más íntimos? Con lo majo que parecía Judas..., aunque ya tenían sospechas de que sisaba de la bolsa común, aquella traición eran palabras mayores... eran amigos... cómo es la vida, no te puedes fiar de nadie...

Y en estas que se les acercó alguien que andaba en su misma dirección, casi sin darse cuenta lo vieron integrándose en la conversación, preguntando de qué hablaban, ¿será posible que no se haya enterado?, pero ¿tú en qué mundo vives alma de cántaro? Tan sorprendente les parece que lo tildan de forastero... y ahí poniendo al día al compañero de camino, vamos descubriendo que la andada tiene poco de excursión, es una huida, un retorno a su vida de antes, a su aldea de siempre, es fruto de una gran desilusión, en sus pasos pesa el fracaso, y van marcados por el desánimo, esperábamos que fuera el liberador, creímos en él... Y ya ves... tanto pesa en ellos, este estado de tristeza, de abandono de lo que quizás fue solo un sueño bonito, que sus ojos no son capaces de reconocer que el caminante es el mismo Jesús el nazareno, tampoco su fe fue capaz de dar credibilidad al sobresalto con el que les despertaron las mujeres que no encontraron su cuerpo en el sepulcro...

Como siempre Jesús practica la astucia, no se revela, no ciega, no asusta, pero tiene palabras gruesas hacia ellos: que necios y torpes sois... y les va revelando porqué el hijo del hombre tenía que sufrir lo que sufrió y cómo Moisés y los Profetas ya habían anunciado este padecimiento. Ellos escuchan atentos. Parecen disfrutar de la sabiduría de

Jesús, de su luz, de sentir reanimándose en su interior el fuego de la esperanza, de la mano que los guía con suavidad e interpreta a la luz de la Escritura el sentido de lo que ha pasado, de quien va colocando las piezas de un puzzle enmarañado, para que puedan entender el sentido de lo que ha pasado y por qué.

Algo en ellos despiertan las palabras y la presencia de Jesús, les hace bien su compañía, se resisten a separarse del forastero, le apremian a permanecer con ellos ¡quédate con nosotros! Porque atardece y oscurece, no te vayas ¡oh luz!, no nos dejes solos, intuimos algo, sin saber muy bien quién eres... vente a cenar con nosotros. Jesús no se resiste, parece querer seguir cerrando lo iniciado en el camino. Tomó el pan, lo bendijo, lo partió y se lo dio. A la Palabra le sigue la Vida: realizó el gesto de partirse y repartirse para dar vida, para alimentar, para fortalecernos, para consolarnos... y aconteció el milagro, se les abrieron los ojos y lo reconocieron. Descubrieron que no había sido un encuentro casual sino un reencuentro, descubrieron que su corazón ardía escuchándole, que la historia no había acabado, que el desánimo se había esfumado, y esta vez, sin miedo a la noche se levantaron al momento para volver a Jerusalén.

Los discípulos que descorazonados volvían a Emaús nos hablan de caminar la vida con la compañía de Jesús, de conversar con él, escuchar sus Palabras en el silencio de la oración, aceptar recibirlo como pan que alimenta nuestros miedos, fracasos, desilusiones o tristezas, reconocerlo en tantas personas y acontecimientos que a diario están en nuestra vida, desvelarlo y entender que nos llama a bendecir a Dios por tantas gracias, a partirnos y repartirnos, a que prendan con la mecha de su amor las ascuas de los corazones apagados que con nosotros caminan, a volver a Jerusalén para decir sin miedo: aquel al que los poderes del mal y de la muerte habían matado, ha sido resucitado por Dios, que guarda en su amor la última palabra. Es verdad, ha vuelto a la

vida, nos espera en los caminos, deseoso de conversación y lleno de la luz que irradia su sabiduría y su amor.

Este episodio del evangelio no le da un final feliz a una tragedia, muestra que la historia visible es incompleta, que como siempre hay una parte oculta, que puede ser obviada o desvelada, depende de la fe con que nos acerquemos a ella.

Como a los dos de Emaús, cada mañana Jesús nos sale al paso, podemos reconocerle mientras nuestro corazón arde por el encuentro en las personas que nos vamos topando, en los pequeños gestos o en conversaciones sinceras, en nuestra forma de mirar, de atender a las personas, de cuidar la vida en todas sus manifestaciones, en cómo

poco a poco tejiéndose con la vida el evangelio puede dar luz y adquirir un sentido mayor y va dando respuesta a necesidades profundas, en cada celebración de la fe en comunidad y cuando con Jesús y por él construimos fraternidad, abandonando el camino cómodo de vuelta a Emaús, para volver nuestros pasos hacia Jerusalén, en ese caminar nuestros ojos se van haciendo capaces de reconocerle constantemente y de identificar que nuestro corazón arde en su compañía.

Elena Gascón
elena@dabar.es

Exégesis...

...un análisis riguroso

Primera Lectura

Leemos parte del discurso de Pedro después de Pentecostés. Todavía tiene Pedro otros dos dirigidos a los judíos. Todos tienen la misma estructura. A una breve introducción sigue el anuncio de Cristo con su vida, muerte y resurrección, la prueba bíblica de su resurrección y la llamada a la penitencia.

La iniciativa sale de Pedro que, con la fuerza del Espíritu, levanta la voz y hace una declaración solemne. Se dirige a los "judíos y habitantes todos de Jerusalén". Pedro no está solo, sino con los Once (v. 14).

Hay un corte en la lectura del v. 15 al v. 21. Justifica el suceso anterior, Pentecostés, y sus efectos, como el don de lenguas, diciendo que no están borrachos, sino que se está cumpliendo lo que decía el profeta Joel. Se ha producido la llegada del Espíritu ya prometida en el Antiguo Testamento y que corresponde a los últimos tiempos. Va a llegar el día del Señor, entendiendo como Señor no ya a Yahvé, como en el Antiguo Testamento, sino a Jesús. Y en el v. 22 empieza la parte principal del discurso, el anuncio de Cristo. Jesús ha sido acreditado por Dios con "milagros, prodigios y señales que realizó por medio de él entre vosotros".

Se retoma la lectura en el v. 23. Aquí se dice que Jesús fue entregado (Dios lo entregó), según el plan que tenía dispuesto. El sentido de la muerte de Jesús no se puede explicar solo por motivos humanos. Todo ocurrió, como se dice en el Nuevo Testamento, "para que se cumplieran las Escrituras.". La muerte de Jesús entra dentro de la voluntad salvadora de Dios.

Pero Dios lo resucitó, lo libró "de las ataduras de la muerte", entendido entonces como el "hades" griego o el "sheol" hebreo. Es forma de decir que Jesús ha estado entre los muertos. Pero ya no está, la muerte no ha podido retenerlo (v. 24).

Se cita un salmo en el que el salmista se alegra porque Dios lo ha preservado de la muerte. Se cita según los LXX, ya que el texto hebreo recoge el deseo de escapar de la muerte mientras que los



LXX introducen la idea de que ha sido salvado de la corrupción (vv. 25-28).

La profecía no se ha cumplido en David, por lo que no podía hablar de sí mismo, sino del Mesías. A David Dios le prometió que uno de sus descendientes se sentaría en su trono. Ese es Jesús, que ha resucitado. A este argumento bíblico se une el testimonio de quienes han contemplado la resurrección de Jesús: “de ello somos testigos todos nosotros”. Y en Jesús la resurrección pasa a ser exaltación, y recibe del Padre el Espíritu y lo derrama sobre quienes creen en él (vv. 29-33).

Rafael Fleta
rafa@dabar.es

Segunda Lectura

A partir de 1,13 se habla de las exigencias que lleva el haber sido regenerados por Cristo. La vida es como un nuevo éxodo, parecido al que tuvo lugar con Israel. Por ello se recomienda que para recorrer este camino hay que armarse primero de esperanza (1,13). Hay que emplearse a fondo, moverse acompañados de la esperanza con la vista puesta en la segunda venida de Cristo. La segunda recomendación es la de ser santos (1,14-16) y no amoldar la conducta a las pasiones de este mundo. Hay que abandonar el pecado y dejarse llevar por la obediencia a Dios. La incredulidad se supera cambiando la forma de vida y de conducta para llegar al conocimiento de Dios.

Así, llegamos a la tercera recomendación de esta carta, la de vivir siempre atentos a obedecer (1,17-21). La imagen es la de la peregrinación. En este tiempo de marcha que supone la vida en este mundo sigue siendo fundamental la obediencia a Dios. Esa obediencia a Dios, que en el Antiguo Testamento se definía como temor de Dios, y que es reflejada de forma especial en el Padrenuestro: “Hágase tu voluntad”. Se recuerda la imagen de Padre, pero más según la visión del Antiguo Testamento: “que juzga sin favoritismos y según la conducta de cada uno”, un Padre con autoridad al que la Iglesia dirige sus oraciones litúrgicas. Es un Padre para el que no bastan solo las palabras, sino que son necesarias las obras (v. 17).

El mundo se ve como un lugar extraño para el creyente, como lugar de peregrinación, de paso. Debemos volver nuestra mirada a Cristo, que nos ha liberado por su sangre. El texto está puesto para que quien lo lea reflexione. Nuestros antepasados tenían una forma de vida, pero de ella hemos sido sacados, “liberados” con algo que vale más que la plata y el oro. “La sangre preciosa de Cristo, cordero sin mancha” nos ha sacado de nuestra miseria. Aquí se recuerda la liberación de Israel de la esclavitud de Egipto a través de la sangre del cordero sacrificado, ya que nada más podían ofrecer los israelitas a Dios. Así, ahora el cordero sacrificado es Cristo (vv. 18-19).

Pero no todo va a consistir en el derramamiento de su sangre, sino que también hay que hablar de su resurrección. Por la pasión llegó a la resurrección. Por esto, el creyente pone su esperanza en él porque ha triunfado sobre el sufrimiento, necesario, y ha quitado el obstáculo que nos impedía llegar hasta Dios, el pecado. Y esto, desde el principio: “Cristo estaba presente en la mente de Dios antes de que el mundo fuese creado”. Dios se nos ha mostrado y a través de Cristo hemos tenido la posibilidad de unirnos a él. Cristo es el que nos conduce hasta Dios y este es el que le resucita y le da la gloria (vv. 20-21).

Rafael Fleta
rafa@dabar.es

Evangelio

Contexto

Salvo los últimos versículos del capítulo 24, que recogen la Ascensión (vv. 50-53), el resto del capítulo está dedicado a tres apariciones del Resucitado. La primera, a las mujeres (vv. 1-12); la segunda, la que nos ocupa hoy, a los discípulos de Emaús (vv. 13-35); y, la última, a los apóstoles y discípulos (vv. 36-49). Dos versículos de Marcos (16, 12-13) pudieron servir de inspiración a Lucas para componer este relato.



Estamos ante el segundo testimonio de la resurrección que nos narra Lucas. Una aparición a dos discípulos que no pertenecen al grupo de los once, en el mismo día de la resurrección. Como en el A. T. (cfr. Gén 16, 7-14; 18, 1-22), Jesús se aparece como un viajero anónimo a estos dos discípulos. En realidad, se trata de la primera aparición del resucitado, puesto que lo que se aparece a las mujeres anunciando la resurrección son unos ángeles (v. 4) y Pedro solo ve el sepulcro vacío (v. 12).

El lugar, el camino de Emaús, pese al dato de que “dista de Jerusalén sesenta estadios” (“unas dos leguas” aprox. 11 Km.), resulta más incierto puesto que, o bien carecemos de fuentes, o bien las que hay no coinciden con los datos de Lucas.

Texto

Cuatro secciones se pueden distinguir en este episodio plagado de intriga.

El primero, el encuentro (vv. 13-16). Dos discípulos abandonan la ciudad tres días después de la crucifixión para retornar a su aldea. Lucas sigue el cómputo judío del tiempo, estamos en el domingo, por lo tanto, ya no se dan las restricciones propias del Sabbat, uniendo la resurrección a este momento. Jesús se les une, pero ellos no le reconocen. El destino de los discípulos revela la idea teológica del camino en Lucas, como lugar de encuentro con Dios. Sabemos que Cleofás no es uno de los Once, pero es posible que el otro sí fuera del grupo de los apóstoles, puesto que el texto menciona que son “dos de ellos”, seguramente en referencia a los vv. 9-10.

El segundo, la conversación por el camino (vv. 17-27). Jesús pregunta por el motivo de la conversación. Cleofás (el único de los dos discípulos que se menciona por su nombre, (lit. et. Gloria del padre o aquel que ve la gloria) le cuenta lo sucedido con Jesús, cómo esperaban que fuese el libertador de Israel, pero que las autoridades lo habían ejecutado, comenta que ha habido algunos que dicen que cuando fueron a verlo, la tumba estaba vacía y que unos ángeles les habían dicho que estaba vivo, incluso se habría parecido a Simón-Pedro (v. 34, cfr. v. 24). Jesús comienza a explicarles por qué las cosas han sucedido como tenían que suceder según las Escrituras. Prima la idea del tema de la revelación en Lucas, cómo Jesús se va dando a conocer poco a poco, ellos son incapaces de reconocerlo (v. 16), pero el hecho de que tras preguntar qué ha pasado, sea Él quien vaya explicando las Escrituras para hacerles ver que se está cumpliendo la voluntad de Dios es una pista tendente a la paulatina autorevelación. Cristo es el cumplimiento de las profecías, otro de los núcleos teológicos en Lucas.

Un tercer momento, sería la cena de Emaús (28-32). Ante la insistencia de los discípulos, el viajero accede a compartir la mesa con ellos y en la fracción del pan le reconocen. Como en todo proceso de conversión, el momento de la revelación ha ido precedido del acercamiento inconsciente (ardía su corazón cuando les explicaba las Escrituras) hasta el momento de “caerse del caballo” (se les abren los ojos y lo reconocen, v. 31). Asimismo, el tema teológico que prima en este momento es el eucarístico, la alusión a la última cena (22, 19) es evidente. De tal forma que, de ahora en adelante, su desaparición en el momento de reconocerlo nos hace percibir que el Resucitado estará presente en la fracción del pan. Cristo estará presente en medio de los suyos, en el marco de la obra lucana, en la eucaristía (cfr. Hch 1, 12-14; 2, 42-47).

El último, el regreso a Jerusalén (vv. 33-35). El clímax del relato del v. 31 mueve a estos dos discípulos a volver a Jerusalén, a pesar de la hora, para reunirse con los Once y otros discípulos, y contarles lo sucedido en el camino y cómo reconocieron a Jesús al partir el pan.

Pretexto

Unos discípulos, como nosotros, perplejos ante lo acontecido, comentan y aprovechan para intentar transmitir, no sabemos muy bien si, su frustración o su convencimiento a un extraño. Un extraño para el que el asunto que le cuentan no es banal, queriendo saber más le invitan a cenar y, entonces, se dan cuenta de quién es en realidad.

Muchas veces podemos creer que sabemos más que los demás, que les estamos abriendo los ojos, pero, en realidad, son ellos los que nos dan lecciones, muchas veces con su vida. ¿Estoy dispuesto a aprender? ¿Soy capaz de compartir y recibir?



“La Eucaristía, signo de identidad”

En las dos primeras lecturas de la liturgia de hoy vemos sendas intervenciones de Pedro. El discurso que recoge el libro de los Hechos está pronunciado el propio día de Pentecostés; es fruto, por tanto, de la acción del Espíritu Santo. Antes, le podía el miedo; ahora, se lanza y corre todos los riesgos pero ya sin miedo. Y anuncia la resurrección de Jesús. Les recuerda su figura y su muerte. Les culpa de su muerte, pero les anuncia que Dios lo ha resucitado. Semejante afirmación, tan chocante para quien la escuche, Pedro la sustenta en las palabras del salmo 15, haciendo ver que ya las Escrituras preveían la resurrección, y ahora Jesús ha resucitado. En la segunda lectura, el apóstol nos invita a tomar en serio nuestro proceder en la vida, apelando al juicio que vivimos al final. Luego, apoyándose en la resurrección de Jesucristo, nos muestra cómo a través de Cristo, llegamos y conocemos a Dios. Es justo lo que Jesús nos dijo: que nadie va al Padre si no es por medio de él.

Y el evangelio nos trae un rico manjar: la narración del episodio de los discípulos de Emaús. El forastero es Cristo resucitado. Él se hace el enconradizo. Pregunta como si no supiera nada. Deja que los discípulos le cuenten su versión de los acontecimientos recientes. Y cuando Jesús juzga que es el momento, les da una completa catequesis acerca de las profecías sobre el Mesías, recorriendo todas las Escrituras desde Moisés. Lucas nos dice al principio que «sus ojos no eran capaces de reconocerlo». La incapacidad está, por tanto, en ellos. Son ellos quienes no son capaces. Pero su generosidad hace que le inviten a hospedarse en su casa porque ya anochecía y el forastero era un viajero, un caminante. Lo invitan a pasar la noche con ellos y ya al día siguiente podrá seguir su camino. Y esa decisión va a resultar una bendición grande para ellos. Sentados a la mesa para la cena, Jesús celebra con ellos la Eucaristía... y ellos le reconocen al partir el pan. Su alegría y entusiasmo es tan grande que vuelven a Jerusalén, de donde se habían marchado, para volver a reunirse con los discípulos. Ellos manifestaron al principio que la causa de Jesús había llegado a su fin, que resultó un completo fracaso; pero ahora, sabiendo que Jesús está vivo, todo ha cambiado: rectifican y regresan al punto de donde habían partido. Y es que, en

Notas para la Homilía

efecto, la resurrección lo cambia todo, abre posibilidades infinitas para la alegría, para ser feliz, para la plena realización de las personas, para la vida eterna.

No es una casualidad que a Jesús le reconozcan en la fracción del pan. Esta es la última imagen que guardan de él antes de ser apresado. En la última cena, Jesús partió y repartió el pan entre ellos, y luego, el vino. Este gesto anunciaba su muerte y resurrección. La Eucaristía da continuidad a la vida de los discípulos: Jesús no se ha ido, Jesús continúa presente en la fracción del pan. Los discípulos seguirán reuniéndose repitiendo cada domingo esa última cena, esa fracción del pan y el paso de la copa con el vino de su nueva alianza. Así, por tanto, la Eucaristía es signo de identidad para el cristiano. La Eucaristía no es algo opcional o facultativo, no, es el acontecimiento central para la vida del discípulo. Es el sacramento que nos pone en contacto con Jesucristo resucitado, es ahí donde encontramos verdaderamente a Jesús y donde le reconocemos. Ella nos une, nos hace uno con Jesús. Pero al mismo tiempo, es en la Eucaristía donde Jesús nos reconoce a nosotros como discípulos suyos. La Eucaristía es encuentro, es santificación, es unión con el Señor; pero también el discípulo manifiesta en ella un compromiso de amor, un compromiso de compartir, de saber entregar la vida por los demás. Sin estos compromisos, Jesús no puede reconocernos como discípulos suyos. Es más, los cristianos nos reconocemos entre nosotros, asimismo en la celebración de la Eucaristía. Por eso, no podemos trivializar la misa del domingo, reducirla a un precepto, o despreciarla diciendo aquello de “creo pero no soy practicante”. Si no eres practicante, no eres discípulo. El maestro no puede reconocer como alumno a aquel que no asiste asiduamente a sus clases.

Juan Segura
juan@dabar.es



«Era verdad, ha resucitado el Señor y se ha aparecido a Simón» (Lc 24,34)



Para reflexionar

Los discípulos de Emaús llevan a la comunidad una gran verdad, lo que habían dicho Simón y las mujeres es cierto, Jesús ha resucitado. Los vv. anteriores al relato nos han dicho que Pedro es el único que cree a las mujeres y va al sepulcro, encontrándoselo vacío.

A él, a Pedro, le bastó encontrarse el sepulcro vacío para creer en la resurrección de Jesús y proclamarla al resto, junto con las mujeres. Una forma de fe de las que a lo largo de esta Pascua iremos viendo.

Esto nos puede llevar a plantearnos en qué se basa nuestra fe o por qué creemos. Nuestra fe no puede ser irracional. Debemos poder dar razón de nuestra fe. Podemos recordar la "Fides et Ratio" de san Juan Pablo II.

¿Cuál es el fundamento de mi fe? Realmente, ¿creo que el muerto está vivo?, ¿por qué? Este porqué es el fundamento, es el que ha de servirnos para dar razón de nuestra fe.

Para la oración

Padre bueno, como los discípulos de Emaús, también nosotros transcurrimos por el camino de la vida esperando que salgas a nuestro encuentro. Concédenos reconocerte en tu Palabra y vivir siempre desde ella. PJNS



Padre que sales a nuestro encuentro y nos dejas reconocerte al partir el pan, acepta estos dones y haz que sean agradables a Ti para que, al compartirlos, podamos encontrarte en cada hermano necesitado y sea nuestro alimento que nos fortalezca para participar en la construcción de tu Reino.



Te damos gracias, Padre amoroso, por todo lo que haces por nosotros, pero sobre todas las cosas, por tu Hijo, Jesús. Él sale a nuestro encuentro en el camino de la vida y se queda con nosotros para compartir el pan de la solidaridad, la justicia y el amor. Él vence a la muerte para, por amor, permanecer a nuestro lado y permitirnos reconocerte en cada hermano con el que nos cruzamos en nuestras vidas. Él nos envía el Espíritu Santo para que fortalezca nuestra fe y comprendamos lo que quieres de nosotros. Él constituyó la Iglesia como la comunidad en la que poder vivir nuestra fe y colaborar en la construcción de tu reino. Por eso, con todos sus amigos y los que están contigo en el cielo, te cantamos...



Una vez más tenemos que darte gracias por habernos permitido participar de la mesa de tu Palabra y reconocerte al compartir el pan. Ayúdanos, Padre misericordioso, a vivir siempre según Tu voluntad y a reconocerte en cada momento de nuestras vidas para que nunca desfallezcamos en la tarea de construir un mundo en el que Tú seas nuestro auténtico Señor. PJNS.

Cantos

Entrada: El Señor resucitó (1CLN-204); Canta con júbilo (1CLN-219); En verdad resucitó (Madurga); El Señor nos llama (Taulé); Alrededor de tu mesa (Palazón).

Aspersión: Fuente bautismal (Erdozain).

Salmo: Te alabaré Señor eternamente (C. M. Gálvez); Protégeme Dios mío, (Cantalapiedra).

Aleluya: Resucitó el Señor (J. Sánchez); Canta aleluya al Señor (A. Gutiérrez).

Ofertorio: Quédate, Señor (Erdozain); Ofrenda de amor (G. Fernández); Pan sabroso (Erdozain); Espigas y vid (Josico).

Santo: Santo, santo, santo (Gabarain);

Comunión: Tu camino y tu verdad (Kairoi); Cumplió su palabra (Trovatori); Te conocimos al partir el pan (Madurga); Quédate aquí (Kairoi); Quédate junto a nosotros (Mateu); Quédate conmigo (Josico).

Final: Regina coeli; Reina del cielo (Palazón); La pascua con María (Alcalde); Aleluya, el Señor resucitó (Brotos de olivo).

La misa de hoy

Monición de entrada

Sed bienvenidos una vez más a esta celebración de la Vida. A lo largo de nuestro caminar por la vida, Jesús sale a nuestro encuentro en múltiples ocasiones y de diferentes formas. Celebramos que Él ha querido seguir a nuestro lado, aunque ya no lo podamos percibir de una forma tradicional, Él se queda con nosotros en su Palabra y podemos reconocerle al partir el Pan. Y, con ellos, nos da la fortaleza necesaria para poder anunciar su resurrección y continuar trabajando en la construcción de su reino. Vivamos esta eucaristía como lo que es, una auténtica experiencia de encuentro personal con Jesús.

Saludo

Que Dios, Padre de la Vida; su Hijo, Jesús, que sele a nuestro encuentro; y, el Espíritu, que nos guía para mostrarnos el camino, estén con todos nosotros.

Acto penitencial

Siempre necesitamos lavarnos cuando volvemos a casa después de haber estado en el camino de la vida, antes de sentarnos a la mesa. Por eso, reconozcamos nuestros fallos y eliminemos esa suciedad que se agarra a nuestros corazones y que no nos permite reconocer a Dios entre nosotros.

- Tú que nos acompañas siempre. Señor, ten piedad.

- Tú que nos explicas las escrituras para que te reconozcamos en ellas. Cristo, ten piedad.

-Tú que partes tu Pan para que vivamos y abrasas nuestros corazones con tu Palabra. Señor, ten piedad.

Dios, que no nos abandona nunca, perdona nuestros pecados y nos permita participar del banquete de la vida a su lado. PJNS



Monición a la Primera lectura

En la obra de Lucas encontramos las primeras palabras públicas de Pedro, tras la resurrección de Jesús. El que, apenas unos días antes, había renegado de Él, ahora tiene la fortaleza para anunciarlo, muerto y resucitado, para comunicar a todos que vive y sigue actuando entre nosotros.

Salmo Responsorial (Sal 15)

Señor, me enseñarás el sendero de la vida.

Protégeme, Dios mío, que me refugio en ti; yo digo al Señor «Tú eres mi bien». El Señor es el lote de mi heredad y mi copa; mi suerte está en tu mano.

Señor, me enseñarás el sendero de la vida.

Bendeciré al Señor, que me aconseja, hasta de noche me instruye internamente. Tengo siempre presente al Señor, con él a mi derecha no vacilaré.

Señor, me enseñarás el sendero de la vida.

Por eso se me alegra el corazón, se gozan mis entrañas, y mi carne descansa serena. Porque no me entregarás a la muerte, ni dejarás a tu fiel conocer la corrupción.

Señor, me enseñarás el sendero de la vida.

Me enseñarás el sendero de la vida, me saciarás de gozo en tu presencia, de alegría perpetua a tu derecha.

Señor, me enseñarás el sendero de la vida.

Monición a la Segunda Lectura

Esta vez, Pedro escribe para explicarnos cuáles son las razones de su fe en Dios: Él es el Dios de la Vida que ha resucitado a Jesús y es consciente de que también nos resucitará a nosotros.

Monición a la Lectura Evangélica

Lucas recoge uno de los relatos pascales más bonitos del Evangelio. Quiere que nos identifiquemos con uno de esos discípulos que experimenta el encuentro con Jesús resucitado en su Palabra y en su Mesa, para pasar de la sensación de fracaso a la de la alegría desbordante de la Resurrección, en la que Dios mismo confirma la vida, las palabras y las obras de Jesús de Nazaret.

Oración de los fieles

Nuestros corazones arden como los de los discípulos de Emaús al escuchar su Palabra. Participemos de la oración de ellos y digámosle:

“Quédate con nosotros, Señor”.

- Quédate con nosotros, Señor, en tu Iglesia, para que sea el lugar en el que poder vivir nuestra fe en Ti. Oremos.

- Quédate con nosotros, Señor, e inflama los corazones de los gobernantes, para que trabajen por la justicia y la paz. Oremos.

- Quédate con nosotros, Señor, y consuela y ayuda a quienes sufren por nuestras faltas de fidelidad a tu Palabra. Oremos

- Quédate con nosotros, Señor, y acompáñanos en cada momento de nuestras vidas para que permanezcamos siempre files a Ti y seamos merecedores de disfrutar de tu compañía. Oremos.

Escucha, Padre de bondad nuestra oración hoy que revivimos la Resurrección de tu Hijo, abre nuestros corazones para tu Palabra incendie nuestras vidas y te reconozcamos al partir su pan. Te lo pedimos por intercesión de Él que se sigue entregando para que participemos de su vida y vive y reina a tu lado por los siglos de los siglos.

Despedida

Es el mismo Jesús el que se ha partido para darse a conocer a cada uno de nosotros y, así, estar a nuestro lado en cada momento de nuestra vida. No olvidemos nunca esta realidad para que, siempre, en cada ámbito de nuestra vida, seamos testigos de su muerte y resurrección.





Dios habla

Lecturas propuestas para la Liturgia

3 er. Domingo de Pascua, 23 abril 2023, Año IL, Ciclo A

HECHOS DE LOS APOSTOLES 2,14.22-33

El día de Pentecostés, Pedro, de pie con los Once, pidió atención y les dirigió la palabra: «Judíos y vecinos todos de Jerusalén, escuchad mis palabras y enteraos bien de lo que pasa. Escuchadme, israelitas: Os hablo de Jesús Nazareno, el hombre que Dios acreditó ante vosotros realizando por su medio los milagros, signos y prodigios que conocéis. Conforme al designio previsto y sancionado por Dios, os lo entregaron, y vosotros, por mano de paganos, lo matasteis en una cruz. Pero Dios lo resucitó, rompiendo las ataduras de la muerte; no era posible que la muerte lo retuviera bajo su dominio, pues David dice, refiriéndose a él: “Tengo siempre presente al Señor, con él a mi derecha no vacilaré. Por eso se me alegra el corazón, exulta mi lengua, y mi carne descansa esperanzada. Porque no me entregarás a la muerte ni dejarás a tu fiel conocer la corrupción. Me has enseñado el sendero de la vida, me saciarás de gozo en tu presencia”. Hermanos, permitidme hablaros con franqueza: El patriarca David murió y lo enterraron, y conservamos su sepulcro hasta el día de hoy. Pero era profeta y sabía que Dios le había prometido con juramento sentar en su trono a un descendiente suyo; cuando dijo que “no lo entregaría a la muerte y que su carne no conocería la corrupción”, hablaba previendo la resurrección del Mesías. Pues bien, Dios resucitó a este Jesús, y todos nosotros somos testigos. Ahora, exaltado por la diestra de Dios, ha recibido del Padre el Espíritu Santo que estaba prometido, y lo ha derramado. Esto es lo que estáis viendo y oyendo».

I PEDRO 1,17-21

Queridos hermanos: Si llamáis Padre al que juzga a cada uno, según sus obras, sin parcialidad, tomad en serio vuestro proceder en esta vida. Ya sabéis con qué os rescataron de ese proceder inútil recibido de vuestros padres: no con bienes efímeros, con oro o plata, sino a precio de la sangre de Cristo, el Cordero sin defecto ni mancha, previsto antes de la creación del mundo y manifestado al final de los tiempos por vuestro bien. Por Cristo vosotros creéis en Dios, que lo resucitó de entre los muertos y le dio gloria, y así habéis puesto en Dios vuestra fe y vuestra esperanza..

LUCAS 24,13-35

Dos discípulos de Jesús iban andando aquel mismo día, el primero de la semana, a una aldea llamada Emaús, distante unas dos leguas de Jerusalén; iban comentando todo lo que había sucedido. Mientras conversaban y discutían, Jesús en persona se acercó y se puso a caminar con ellos. Pero sus ojos no eran capaces de reconocerlo. Él les dijo: «¿Qué conversación es esa que traéis mientras vais



de camino?» Ellos se detuvieron preocupados. Y uno de ellos, que se llamaba Cleofás, le replicó: «¿Eres tú el único forastero en Jerusalén, que no sabes lo que ha pasado allí estos días?» Él les preguntó: «¿Qué?» Ellos le contestaron: «Lo de Jesús, el Nazareno, que fue un profeta poderoso en obras y palabras, ante Dios y ante todo el pueblo; cómo lo entregaron los sumos sacerdotes y nuestros jefes para que lo condenaran a muerte, y lo crucificaron. Nosotros esperábamos que él fuera el futuro liberador de Israel. Y ya ves: hace dos días que sucedió esto. Es verdad que algunas mujeres de nuestro grupo nos han sobresaltado, pues fueron muy de mañana al sepulcro, no encontraron su cuerpo, e incluso vinieron diciendo que habían visto una aparición de ángeles, que les habían dicho que estaba vivo. Algunos de los nuestros fueron también al sepulcro y lo encontraron como habían dicho las mujeres; pero a él no le vieron». Entonces Jesús les dijo: «¡Qué necios y torpes sois para creer lo que anunciaron los profetas! ¿No era necesario que el Mesías padeciera esto para entrar en su gloria?» Y, comenzando por Moisés y siguiendo por los profetas, les explicó lo que se refería a él en toda la Escritura. Ya cerca de la aldea donde iban, él hizo ademán de seguir adelante; pero ellos le apremiaron, diciendo: «Quédate con nosotros, porque atardece y el día va de caída». Y entró para quedarse con ellos. Sentado a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo dio. A ellos se les abrieron los ojos y lo reconocieron. Pero él desapareció. Ellos comentaron: «¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?» Y, levantándose al momento, se volvieron a Jerusalén, donde encontraron reunidos a los Once con sus compañeros, que estaban diciendo: «Era verdad, ha resucitado el Señor y se ha aparecido a Simón». Y ellos contaron lo que les había pasado por el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan.

Arde nuestro corazón
al escuchar tu palabra

